

EDUARDO ABAD GARCÍA
XAVIER MARÍA RAMOS DIEZ-ASTRAIN
(Editores)

DESENCANTO y DISIDENCIA

ESTUDIOS SOBRE LA CRISIS
DEL COMUNISMO EN ESPAÑA



ESTUDIOS Y DOCUMENTOS
Universidad de Valladolid

DESENCANTO Y DISIDENCIA
ESTUDIOS SOBRE LA CRISIS DEL COMUNISMO EN ESPAÑA

Serie: ESTUDIOS Y DOCUMENTOS, 75

Desencanto y disidencia : estudios sobre la crisis del comunismo en España / Eduardo Abad García, Xavier María Ramos Díez-Astrain (eds.) Abad García, Eduardo, ed. lit. Ramos Díez-Astrain, Xavier María, ed. lit. Universidad de Valladolid, ed. 2023

185 p. ; 24 cm. Estudios y documentos ; 75

ISBN 978-84-1320-241-9

1. Comunismo – España – Historia – 1991. I. Universidad de Valladolid, ed. II. Serie

141.82(460)"19"(091)

330.85(460)"19"(091)

EDUARDO ABAD GARCÍA
XAVIER MARÍA RAMOS DIEZ-ASTRAIN
(Editores)

DESENCANTO Y DISIDENCIA
ESTUDIOS SOBRE LA CRISIS
DEL COMUNISMO EN ESPAÑA



EDICIONES
Universidad
Valladolid^{de}

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

En conformidad con la política editorial de Ediciones Universidad de Valladolid (<http://www.publicaciones.uva.es/>), este libro ha superado una evaluación por pares de doble ciego realizada por revisores externos a la Universidad de Valladolid.

© Los Autores

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN 978-84-1320-241-9

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

Motivo de cubierta cedido por Miguel Sánchez Gutiérrez.

Dep. Legal: VA 513-2023

Imprime: Safekat

ÍNDICE

PRÓLOGO. Carme Molinero	9
SIGLAS.....	11
INTRODUCCIÓN. Eduardo Abad García y Xavier María Ramos Diez-Astrain.....	15
CAPÍTULO 1. LA MEMORIA COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN POSFRANQUISTA Y LA CRISIS DEL PCE (1972-1982): CONFLICTOS, RUPTURAS Y CONTINUIDADES. Francisco Erice Sebares	21
1.1. INTRODUCCIÓN.....	21
1.2. LA ETAPA FINAL DEL FRANQUISMO: CONTINUIDAD DEL RELATO CANÓNICO.....	23
1.3. MODERACIÓN Y LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO.....	25
1.4. ANTE LA CRISIS. EL DESAFÍO DE LOS ORTODOXOS	28
1.5. POLÍTICAS DE MEMORIA PARA UN PCE EUROCOMUNISTA	31
1.6. ALGUNOS VECTORES DE MEMORIA. SU LIMITADA EFICACIA.....	37
CAPÍTULO 2. VÍCTIMA Y VERDUGO: «ASESINATO EN EL COMITÉ CENTRAL» (1981) Y LA CRISIS DE MILITANCIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA. Laura C. Cruz Chamizo	39
2.1. SACERDOTES SIN DIOS: LA CRISIS DE FE DE LA MILITANCIA	42
2.2. VÍCTIMA Y VERDUGO: EL PCE CONTRA SÍ MISMO.....	46
2.3. EL PROBLEMA SIN RESOLVER: DESENCUENTROS EN LAS RELACIONES DE GÉNERO	49
2.4. CONCLUSIONES.....	53
CAPÍTULO 3. ENTRE EL DESENCANTO Y LA RADICALIZACIÓN. NOTAS INTERPRETATIVAS SOBRE LA CRISIS DEL PSUC EN LA TRANSICIÓN. Gaiame Pala.....	55
3.1. LA MILITANCIA DEL PSUC EN LOS AÑOS SETENTA	56
3.2. LA POLÍTICA NACIONAL, LA IDENTIDAD POLÍTICA Y EL CONTEXTO INTERNACIONAL.....	61
3.3. LA SACRALIZACIÓN DEL TÉRMINO «EUROCOMUNISMO» EN EL PSUC.....	67
CAPÍTULO 4. POR Y PARA LOS TRABAJADORES: EL PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA Y EL MOVIMIENTO OBRERO, 1982-1989. Victor Peña González.....	71

4.1. LA RUPTURA DEL COMUNISMO CATALÁN	73
4.2. SOCIABILIDAD, VALORES Y PRÁCTICAS SIMBÓLICAS	78
4.3. DOCTRINA Y ACCIÓN POLÍTICA EN EL MOVIMIENTO OBRERO.....	81
4.4. CONCLUSIONES.....	85
CAPÍTULO 5. CCOO, ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO. «CUESTIÓN INTERNA» Y CRISIS COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN.	
Joan Gimeno i Igual	87
5.1. LA DEMOCRACIA, ¿UN PAÍS EXTRAÑO?	87
5.2. «EUROCOMUNISMO NO ES UNA PALABRA, ES ROMPER HUELGAS»: TURBULENCIAS EN EL PARTIDO, ¿Y EN EL SINDICATO?	91
5.3. ¿CONGRESO DE GUANTE BLANCO?	95
5.4. AGRUPÉMONOS TODOS: HACIA EL DESASTRE FINAL	101
5.5. ALGUNAS NOTAS FINALES	109
CAPÍTULO 6. CRISIS ENTRECruzADAS. EL PCE Y EL COMUNISMO INTERNACIONAL A PRINCIPIOS DE LOS OCHENTA. Emanuele Treglia.....	111
6.1. DE AFGANISTÁN	113
6.2. ... A POLONIA	118
6.3. CONCLUSIONES.....	124
CAPÍTULO 7. RELACIONES ENTRE EL PCE Y LA URSS EN 1968-1982: DE COEXISTENCIA A RUPTURA. Xavier María Ramos Diez-Astrain y Eduardo Georgy Filatov	127
CAPÍTULO 8. LA RDA Y LA CRISIS DEL COMUNISMO ESPAÑOL: UNA MIRADA TRANSNACIONAL. Xavier María Ramos Diez-Astrain y Eduardo Abad García.....	143
8.1. INTRODUCCIÓN.....	143
8.2. DE LA CONCORDIA REAL A LA CORDIALIDAD FORMAL: LAS RELACIONES SED-PCE HASTA LA CRISIS DE 1982	146
8.3. LAS PRIMERAS REACCIONES DE LA SED ANTE LA DISIDENCIA ORTODOXA: CAUTELA, DISTANCIAMIENTO Y APOYO DISCRETO.....	151
8.4. RELACIONES EN PARALELO: DE LA RUPTURA A LA RECONCILIACIÓN	156
8.5. CONCLUSIONES.....	165
ARCHIVOS CONSULTADOS	167
FUENTES HEMEROGRÁFICAS.....	169
BIBLIOGRAFÍA.....	171

PRÓLOGO

En la última década, los estudios sobre el comunismo en España han aumentado de forma significativa, a diferencia de los que sucedió hasta iniciado el siglo XXI, cuando los comunistas no tenían quienes le escribieran. Resultaba paradójico. Las investigaciones sobre el periodo franquista y sobre los años de la transición de la dictadura a la democracia ampliaban las temáticas objeto de estudio de forma continuada, pero el partido que se había convertido en el eje de la oposición al franquismo continuaba sin captar la atención de la historiografía. A diferencia de otras temáticas, no se trataba de que el acceso a las fuentes fuera difícil. El Archivo del PCE siempre ha destacado por su buen funcionamiento y la accesibilidad a la documentación destaca en el panorama español. Por otro lado, ya estaba fuertemente consolidada la entrevista oral como fuente de información, al menos complementaria; ahora, muchos de los protagonistas de aquellos acontecimientos no pueden ofrecer sus testimonios.

Quizás el comunismo no era objeto de atención para los historiadores porque en las sociedades occidentales su papel político se había reducido a extremos insospechados tan solo veinte años antes; a la vez, la trayectoria de los comunistas todavía no despertaba el interés que hoy despierta en las nuevas generaciones de historiadores, particularmente en lo referente a su fragmentación política.

Eduardo Abad y Xavier María Ramos destacan en la introducción de este volumen que en la crisis que los comunistas experimentaron a finales de los años 70 pesaron más los elementos endógenos que los exógenos; ciertamente, aunque quizás convendría no desvincular unos de otros, incluso cuando la influencia externa no está determinada por la intervención extranjera, sino por decisiones propias basadas en espejismos. Por ejemplo, la aspiración obsesiva de Santiago Carrillo de acercarse en España al papel que el PCI tenía en la política italiana, un estatus que correspondía a una larga trayectoria de otro tiempo y de otro contexto, influyó de alguna manera en estrategias políticas que impuso el secretario general y que generaron notables tensiones. Consideraciones como esa al margen, parece indudable que la crisis comunista fue resultado de un proceso de autodestrucción, en el que no influyeron factores externos, sino, fundamentalmente, conflictos de poder en la dirección del partido, aunque provocados por la incertidumbre del contexto.

La incubación de la crisis, que está en el hilo conductor de este volumen, puede tener cronologías diversas dependiendo del foco de atención del analista. Algunos de

los llamados sectores *ortodoxos* cuestionaron las políticas del PCE desde el VIII Congreso de 1972, pero no así la mayor parte de las organizaciones y de los militantes de aquel momento. La mayoría de esos militantes comprobaban cotidianamente que su arraigo entre amplias franjas de la sociedad, particularmente en los movimientos sociales, no radicaba en la ideología sino en la confianza que generaba su actuación constante para “cambiar las cosas”.

Atender al contexto es fundamental. Lectoras y lectores encontrarán en una parte significativa de las páginas que siguen, una interpretación de la crisis en las que se priorizan factores ideológicos e identitarios, pero también factores políticos que pueden ayudar a explicar igualmente la percepción de pérdida de identidad resumida en las preguntas ¿para qué luchamos, qué pretendemos conseguir? Por ejemplo, las coordenadas de la acción política cambiaron radicalmente después de 1977. La necesidad de consolidar la democracia, compartida por un amplio espectro de la militancia, pero al mismo tiempo, los cambios organizativos que se impulsaron -véase agrupaciones territoriales- y la preminencia de la política institucional afectaron indudablemente a la confianza de muchos militantes sobre el camino que se estaba siguiendo. Hasta entonces, los debates ideológicos y políticos internos habían tenido en general unas consecuencias limitadas. Quizás pudiera ser de interés preguntarse si desde el momento en que sectores amplios de militantes percibieron que su capacidad de influir sobre los acontecimientos disminuía, los debates, que eran políticos pero que en muchas ocasiones se presentaban como ideológicos, adquirieron mayor importancia.

En ese sentido, la trayectoria de CCOO también puede ser ilustrativa. CCOO pudo surfear la crisis, no solo por el buen hacer de sus dirigentes -que, sin embargo, no pudieron evitar tensiones- sino porque para sus activistas los objetivos a alcanzar en el Sindicato aparecían en el horizonte como más precisos.

Por otro lado, este libro muestra la pluralidad de visiones existentes sobre lo que Eduardo Abad califica de comunismo *ortodoxo*, que coetáneamente e incluso después, otros autores y particularmente los medios de comunicación calificaron de *pro-soviéticos*, mayoritariamente con ánimo de descalificación. Ese término puede considerarse poco ajustado al fondo de la cuestión, que no era otra que el convencimiento de esos sectores de que las políticas que impulsaba la dirección encabezada por Santiago Carrillo estaban en contradicción con la voluntad transformadora que, tradicionalmente, latía en las estrategias comunistas. Otra cosa podrían ser las diversas ayudas que cada organización recibiera.

En definitiva, este volumen constituye una aportación del mayor interés al conocimiento de la crisis del espacio comunista, a través de un conjunto de organizaciones cuyos militantes buscaron cómo hacer frente a la pérdida de unos referentes que habían dado sentido a su vida. Su diversidad interna, tanto temática como metodológica, plasman la riqueza del debate historiográfico actual.

CARME MOLINERO

SIGLAS

- APAR: Archivo Personal de Ángel Rendueles
AD93: Archives Départementales de Seine-Saint-Denis
AEECC: Asesinato en el Comité Central
AHCOC: Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya
AHGCB: Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona
AHPCE: Archivo Histórico del Partido Comunista de España
AHT: Archivo Historia del Trabajo
ANC: Arxiu Nacional de Catalunya
ANE: Acuerdo Nacional de Empleo
APEA: Archivo Personal de Eduardo Abad
ASCGIL: Archivio Storico CGIL
ASPCI: Archivio Storico del Partito Comunista Italiano
BC: Biblioteca de Catalunya
CCOO: Comisiones Obreras
CDGV: Centro Documental de la Gavilla Verde
CEE: Comunidad Económica Europea
CEOE: Confederación Española de Organizaciones Empresariales
CEUC: Comisión Estatal de Unidad Comunista
CGIL: Confederazione Generale Italiana del Lavoro
CIA-FOIA ERR: Central Intelligence Agency- Freedom of Information Act Electronic Reading Room
CONC: Comisión Obrera Nacional de Catalunya
CiU: Convergència i Unió
CSA: Corriente Socialista Autogestionaria
CSUT: Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores

DDD-UAB: Depòsit Digital de Documents de la Universitat Autònoma de Barcelona
EE: Euskadiko Ezkerra
EEUU: Estados Unidos
ELA: Eusko Langileen Alkartasuna
FIG: Fondazione Istituto Gramsci (desde mayo de 2016 Fondazione Gramsci onlus)
FIM: Fundación de Investigaciones Marxistas
FSM: Federación Sindical Mundial
IPC: Índice de Precios de Consumo
IU: Izquierda Unida
JSU: Juventudes Socialistas Unificadas
KGB: Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands
MRPCE: Movimiento de Recuperación del PCE
MRUPC: Movimiento de Recuperación y Unificación del Partido Comunista
NA: Národní Archiv
NARA: National Archives and Records Administration
OPI: Oposición de Izquierdas
ORT: Organización Revolucionaria de Trabajadores
OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte
PAAA: Politisches Archiv des Auswärtigen Amts
PCA: Partido Comunista de Andalucía
PCC: Partit dels Comunistes de Catalunya
PCCh: Partido Comunista de Checoslovaquia
PCE: Partido Comunista de España
PCE-EPK: Partido Comunista de Euskadi-Euskadiko Partidu Komunista
PCEU: Partido Comunista de España Unificado
PCE (VIII Congreso): Partido Comunista de España (VIII Congreso)
PCE (VIII-IX Congresos): Partido Comunista de España (VIII-IX Congresos)
PCF: Partido Comunista Francés
PCI: Partido Comunista Italiano
PCOE: Partido Comunista Obrero Español
PCP: Partido Comunista Portugués
PCPE: Partido Comunista de los Pueblos de España
PRUC: Promotoras de Recuperación y Unificación Comunista
PCT: Partido Comunista de los Trabajadores

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética
POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista
POUP: Partido Obrero Unificado Polaco
PSC: Partit dels Socialistes de Catalunya
PSF: Partido Socialista Francés
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
PSUA: Partido Socialista Unificado de Alemania [SED]
PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya
PTE: Partido del Trabajo de España
PTE-UC: Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista
RDA: República Democrática Alemana
RGANI: Rossiyskiy Gosudarstvennyy Arkhiv Noveyshey Istorii
SAPMO: Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv
SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands
SU: Sindicato Unitario
UCD: Unión de Centro Democrático
UGT: Unión General de Trabajadores
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USMR: Unión Sindical de Madrid-Región de CCOO

INTRODUCCIÓN

Eduardo Abad García

Xavier María Ramos Diez-Astrain

«No tengo la más mínima intención de dimitir». Con estas directas palabras, el sempiterno secretario general del Partido Comunista de España (PCE), Santiago Carrillo, aparentaba atajar las dudas que pudieran existir sobre su continuidad al frente del partido. Era la organización política que más había destacado en la lucha contra el Franquismo y que, sin embargo, en 1982 atravesaba sus horas más bajas. De hecho, cuarenta y ocho horas después de estas declaraciones, el 5 de noviembre de 1982, Carrillo presentaba su dimisión «con carácter irrevocable» ante el Comité Ejecutivo del PCE con el ánimo —en sus palabras ante los medios— de «no ser nuevamente un motivo de conflicto para el partido».¹ La salida de Carrillo de la Secretaría General fue recibida sin excesivo entusiasmo, aunque esto se expresase de diversas maneras por parte del movimiento comunista. Por ejemplo, *Mundo Obrero*, el rotativo oficial del PCE, resaltaba la «talla de dirigente comunista» del líder caído, llamado a seguir «contribuyendo al éxito del Partido con su trabajo, su inteligencia y su experiencia», y animaba a la militancia a reunirse en torno a su sustituto, Gerardo Iglesias.² Bastante más crítico se mostraba el periódico del recientemente escindido Partit dels Comunistes de Catalunya

¹ Prades, Joaquina, «Carrillo dimite como secretario general del PCE y propone al dirigente asturiano Gerardo Iglesias como sucesor», *El País* (6 de noviembre de 1982). Disponible en https://elpais.com/diario/1982/11/07/espana/405471605_850215.html (fecha de consulta: 04/12/2022).

² «Editorial. El necesario respaldo al secretario general», *Mundo Obrero* (12-18 de noviembre de 1982).

(PCC), *Avant*. En sus páginas se hacía una valoración agrídulce donde se resaltaba el hecho de que el PCE se derrumbase sin que la nueva dirección pudiera asegurar «el remontamiento de las posiciones perdidas ni aún menos la recuperación del carácter comunista del partido». ³ Un buen termómetro de la gravedad de la situación que atravesaba el comunismo español lo arrojaba la fría actitud de los partidos gobernantes en Europa del Este. La prensa soviética, en primera instancia, no concedió al hecho más que una tímida nota informativa, ⁴ y en términos similares se manifestaron otros medios de los partidos del socialismo real, como el *Neues Deutschland* ⁵ de la República Democrática Alemana (RDA) o el *Rudé právo* checoslovaco. ⁶

La multiplicidad de formas utilizadas a la hora de tratar esta renuncia resulta un reflejo representativo de la grave situación por la que atravesaba el comunismo español, de la que la dimisión del viejo líder solo era un pequeño síntoma. El PCE llevaba, por entonces, más de una década sufriendo múltiples escisiones a cuenta de la evolución de su línea política y especialmente, su identidad. Lógicamente, esto también afectó a sus posicionamientos en la arena internacional, tomando distancia, en ocasiones en términos muy drásticos, respecto al socialismo real y sus partidos gobernantes. Hace cuatro décadas, 1982 se convertía en una «fecha bisagra» dentro de la crisis del partido que marcaba el fin de una época en la historia de la organización. Lo que podía parecer un problema puntual, era en realidad un «acontecimiento monstruo» dentro de una crisis estructural, que culminaría en 1991 con el derrumbe de la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), una crisis que no afectaría solo al partido español, destacando de forma especial, por su cercanía e intensidad, el caso italiano (Magri, 2010).

Los orígenes de esta crisis pueden rastrearse años atrás. A partir de la segunda mitad de los setenta se había abierto un periodo convulso en el que se sentaron las bases de la configuración del mundo actual. Los partidos comunistas de Europa Occidental experimentaron transformaciones políticas, culturales e identitarias. Desaparecido el monolitismo anterior, surgieron nuevos imaginarios y se desarrollaron nuevas dinámicas en las relaciones internacionales. Los partidos comunistas, en particular, y las izquierdas, en general, tuvieron que hacer cuentas con sus señas de identidad y con sus postulados teóricos tradicionales, haciendo frente a distintos movimientos internos que desde la heterodoxia o la ortodoxia demandaban profundos cambios en la organización. El caso del PCE no fue ninguna excepción. Precisamente en 1982 se produjeron varios acontecimientos que llevaron a su punto álgido a la crisis que llevaba años definiendo sus contornos. La dimisión de Carrillo solo redondeaba un año complicado marcado por la fundación en abril del PCC, lo que suponía la aparición por vez primera de un

³ «Editorial. La vía de la recuperación comunista», *Avant* (23 de diciembre de 1982).

⁴ Bayón, Félix, «La dimisión de Santiago Carrillo, acogida sin comentarios por la Prensa de la Unión Soviética», *El País* (7 de noviembre de 1982). Disponible en https://elpais.com/diario/1982/11/08/espana/405558018_850215.html (fecha de consulta: 04/12/2022).

⁵ «Gerardo Iglesias zum neuen Generalsekretär der KP Spaniens gewählt», *Neues Deutschland* (8 de noviembre de 1982), p. 5.

⁶ Courton, Miroslav, «Demise S. Carrilla», *Rudé právo* (8 de noviembre de 1982), p. 1.

partido comunista alternativo con fuerza cualitativa y cuantitativa, y por el fracaso electoral en los comicios generales del 28 de octubre, cuando el PCE vio reducirse sus sufragios a un desastroso 4 %. Era un fracaso que discurría en paralelo a un desangramiento de militancia y a una pérdida de su presencia social en lo que antaño había conformado el antifranquismo (Andrade, 2021: 310). Precisamente, esta crisis interna supuso un salto cualitativo en las dinámicas fratricidas de la organización. El partido expulsaba a sus mejores cuadros y militantes, sin darse cuenta de que cada vez que tenía lugar un epifenómeno de esta crisis su presencia languidecía cada vez más.

Habiendo transcurrido cuatro decenios desde aquellos acontecimientos, se hace necesario realizar una aproximación historiográfica a las claves que los motivaron y también a las consecuencias que derivaron de los mismos, con una perspectiva amplia y rigurosa que valore el año 1982 no como un punto de partida o de llegada, sino de inflexión. Como se ha señalado, creemos que antes de 1982 ya existía una crisis en el partido que desde ese año adquirió una nueva dimensión sin precedentes. La mutación paulatina de la identidad y la praxis cotidiana del PCE tuvo importantes consecuencias para el grueso de su militancia. El proyecto eurocomunista no ofreció una alternativa sólida a largo plazo y se acabaría desmoronando como un castillo de naipes. El desencanto y la disidencia se convirtieron en las consecuencias lógicas de un contexto que no ofrecía demasiados argumentos para la esperanza. Sin embargo, el análisis de este fenómeno no puede circunscribirse tan solo a esos trescientos sesenta y cinco días, sino que exige una mirada global que sea consciente de su complejidad.

La reciente eclosión de numerosos estudios sobre el PCE y el comunismo en España se ha desarrollado en buena medida al calor del centenario de la fundación del partido. Sin embargo, es necesario resaltar que estos últimos trabajos se han realizado sobre la base de la influencia de nuevos paradigmas que llevan años apareciendo en la historiografía española e internacional, superadores de los estrechos marcos de la Guerra Fría. Todo esto nos proporciona un escenario inigualable para aproximarnos al tratamiento de esta crisis. Hablamos de trabajos como los de Juan Andrade (2015), Fernando Hernández Sánchez (2010; 2015; 2022), Carme Molinero y Pere Ysàs (2017), Carlos Fernández Rodríguez (2020), Enrique González de Andrés (2014; 2017), José Luis Martín Ramos (2021), José Carlos Rueda Laffond (2018) o Francisco Erice (2021; 2022). A esto habría que sumar la aparición de varias obras que han venido completando otras cuestiones más pegadas al terreno. Nos referimos a una gran cantidad de publicaciones centradas en historia de los comunistas en los territorios que forman parte del Estado español (Erice, 1996; Fuente Navarro y Cobo Romero, 2016; Ferrer, 2018) o el problema nacional (Díaz, 2019; Rodríguez-Flores, 2018), que con carácter desigual han ido cubriendo la historia de varias organizaciones del partido, aunque desgraciadamente aún existen algunas ausencias reseñables. Todos estos libros son fruto de investigaciones que han ampliado notablemente el conocimiento de la historia del PCE respecto a trabajos más clásicos como el recientemente reeditado de Gregorio Morán (2017). También ha aparecido recientemente el primer trabajo global y monográfico sobre una parte de las consecuencias de esta crisis anteriormente mencionada. Nos referimos a la aparición de una disidencia organizada a lo largo de tres olas

que tuvo como *leitmotiv* la reivindicación de la identidad comunista clásica (Abad, 2022a). Esta corriente del comunismo español, a quien Abad ha caracterizado como comunistas «ortodoxos», fue estereotipada durante años con la etiqueta de «prosoviéticos». En la actualidad algunos autores como Víctor Peña defienden la continuación de su uso por considerarla representativa (Peña, 2020b: 59-61). En este sentido, este libro muestra la pluralidad de visiones existentes hasta el momento sobre un mismo fenómeno.

Esta amplia bibliografía, de la que solamente hemos plasmado una pequeña selección, nos da el estado perfecto para aproximarnos a la crisis del movimiento comunista español en los años ochenta, toda vez que, aunque los estudios se han multiplicado, sigue habiendo un amplio espacio para profundizar en la etapa posterior al Franquismo (Ginard, 2022: 36) desde enfoques variados. Los tradicionales usos de la historia política son imprescindibles para cartografiar una época de divergencias ideológicas, multiplicación de actores, competencia por un mismo espacio político, etc. Pero la crisis del comunismo español no puede entenderse solo desde vectores estrictamente políticos, sino que nos su comprensión nos exige el recurso a metodologías propias de la Historia social y cultural que pongan el foco en elementos simbólicos, de identidad, de memoria e, incluso, emocionales (Bueno y Gálvez, 2009: 11-14; Erice, 2022: 7-9). Es decir, ópticas que sitúen el centro de su análisis no solo en los dirigentes y los documentos políticos, sino en la militancia, sus tradiciones, su percepción de la evolución del PCE, su trabajo en otros ámbitos, como el sindical, y, en definitiva, su toma de posición ante los cambios (Fernández Rodríguez, Valiente Ors, Vega Sombria, 2021). Asimismo, para comprender la situación del comunismo español en los ochenta debemos comprender el fenómeno en un marco transnacional, al que se ha adscrito históricamente el movimiento comunista por definición, como recalcan las más recientes tendencias historiográficas (Drachewych, 2019: 1-3). Otra de las hipótesis que defendemos es que en la crisis del comunismo español primaron los factores endógenos sobre los exógenos; que las raíces de la fractura están más en los aspectos propios de la política interna que en la realidad de un convulso movimiento comunista internacional, en el que el otrora centro único de Moscú tenía que pugnar por la primacía con otros centros, como Pekín, mientras parte de los partidos europeos (y también alguno de fuera del Viejo Continente) adoptaban una vía propia, lo que se ha conocido como «eurocomunismo» (Treglia, 2011; Pala, 2011b). En nuestra hipótesis, la configuración de una nueva política, que en numerosos aspectos rompía con tradiciones muy asentadas en la militancia comunista, fue el epicentro de una crisis entre distintas maneras de concebir la identidad comunista. Pero, lógicamente, sus consecuencias a medio plazo tendrían una repercusión mucho más amplia, con un alcance internacional. Es necesario resaltar el hecho de que esta política se definía en contraposición con el modelo del socialismo real y que este, asimismo, renovaba en buena medida su carácter como referencia ante la militancia crítica con el nuevo camino. De esta manera, parece claro que no pueden excluirse del análisis los factores transnacionales de la crisis.

Este libro abordará, en consecuencia, los aspectos endógenos y exógenos de la crisis del comunismo español a través de ocho capítulos. Los diferentes textos se encuentran agrupados en dos bloques. En el primero se analizan las cuestiones relativas más al ámbito interno (militancia, memoria, sindicalismo, cultura política, etc.), mientras que el segundo bloque se adentra en aspectos susceptibles de ser considerados como de ámbito externo (miradas transnacionales, política internacional, relaciones con otros partidos, etc.) En conjunto, se trata de un equipo de solventes historiadores/as; algunos atesorando una larga trayectoria, otros investigadores emergentes. Un colectivo sólido para reconstruir el periodo en el que el comunismo español pareció devorarse a sí mismo.

Aunque ninguna presentación podría sustituir a la lectura detallada de cada investigación, resulta adecuado explicar brevemente el sentido y las intenciones de los ocho capítulos que componen el presente volumen. El primer bloque comienza con el trabajo del catedrático Francisco Erice Sebares (Universidad de Oviedo), quien esboza las principales líneas de inflexión que se articularon en torno a las políticas memorialísticas del comunismo español a lo largo de los años setenta y principios de los ochenta. El capítulo supone una contribución muy notable en el estudio de la memoria colectiva del comunismo español durante la crisis posterior a la Transición, un contexto de renovación eurocomunista y de resistencia ortodoxa, donde la memoria tuvo un papel muy importante. El segundo capítulo es obra de Laura C. Cruz Chamizo, investigadora vinculada a la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. En este estudio, a todas luces muy sugerente, la autora analiza desde los parámetros de la historia cultural, de las emociones y la perspectiva de género, la crisis de militancia sufrida en el PCE. Para ello se basa en una lectura crítica de la clásica novela *Asesinato en el Comité Central* (AEECC). En el mismo bloque, el profesor Giaime Pala (Universitat de Girona), disecciona con maestría las principales claves de la crisis del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) durante los años finales de la Transición. En su opinión, un conflicto muy marcado por los giros en la política interna del partido. El siguiente capítulo es obra de Víctor Peña González, joven investigador de la Universidad de Cádiz, quien se adentra en las claves que rodearon la formación del PCC, centrándose de forma especial en los elementos que conformarían su cultura política durante sus primeros años de existencia. Para finalizar el bloque, Joan Gimeno i Igual miembro del Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID-UAB) escribe sobre cómo se trasladó al sindicato Comisiones Obreras (CCOO) la crisis que arrastraba el PCE-PSUC durante los años ochenta. A través de un pormenorizado análisis, el historiador desentraña las principales claves de este complejo fenómeno.

El segundo bloque recoge, mediante tres textos, distintas aproximaciones a las dimensiones de esta crisis en clave transnacional. El primero de ellos viene firmado por el profesor de la Universidad Complutense de Madrid Emanuele Treglia. En sus páginas, este investigador disecciona con acierto la situación del PCE en el panorama internacional durante los años finales de la Transición. Unos años marcados por fuertes tensiones en el movimiento comunista internacional debido a conflictos como la invasión

de Afganistán o la crisis en Polonia. A continuación, Georgy Filatov (Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de Rusia) estudia las relaciones del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) con el PCE durante las décadas de los años setenta y ochenta. Su enfoque resulta especialmente interesante al ser la primera vez que se parte de la visión que tenían los soviéticos de esta crisis gracias a la consulta de una buena selección de fuentes rusas. El libro finaliza con el texto de Xavier María Ramos Diez-Astrain (Universidad Complutense de Madrid) y Eduardo Abad García (Universidad Autónoma de Barcelona), quienes analizan el papel de la RDA y la Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (SED) en el fenómeno de la disidencia ortodoxa. Para ello se utiliza una perspectiva transnacional que permite extraer novedosas conclusiones mediante el cruzamiento de fuentes locales y otras provenientes de los antiguos archivos germano-orientales.

CAPÍTULO 1

LA MEMORIA COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN POSFRANQUISTA Y LA CRISIS DEL PCE (1972-1982): CONFLICTOS, RUPTURAS Y CONTINUIDADES

Francisco Erice Sebares

1.1. INTRODUCCIÓN

Pese al carácter amplio y genérico del título que lo encabeza, el presente texto ofrece únicamente algunas consideraciones, que deben ser avaladas por futuras investigaciones, sobre un campo todavía insuficientemente desbrozado. Entre otras cosas, porque, así como la memoria comunista ha sido estudiada en nuestro país de manera relativamente sistemática para la etapa que se extiende hasta el final del Franquismo por José Carlos Rueda Laffond, los trabajos del mismo autor para el período de la Transición no pasan de ser meras aproximaciones parciales, aunque llenas de ideas y sugerencias útiles (Rueda, 2013, 2015, 2016, 2018, 2020, 2022). En cambio las contribuciones de quienes conocen mejor esta etapa histórica del comunismo español (Carme Molinero, Pere Ysàs, Juan Andrade, Emanuel Treglia, Fernando Hernández, Xavier Domènech y otros), salvo alguna incursión de investigadores jóvenes siempre inserta en análisis de carácter más general (caso, por ejemplo, de Eduardo Abad), no se aproximan de manera específica a estas cuestiones, si bien nos ofrecen, en contrapartida, interpretaciones generales o reconstrucciones contextuales imprescindibles.

No procede, obviamente, adentrarse ahora en el necesario debate sobre la aplicación a este campo temático de conceptos y nociones que, muy a menudo, se solapan entre sí o cuyo alcance, sencillamente, se da por supuesto, generando a veces cierta confusión: memoria, conciencia histórica, cultura política, *habitus*, ideología... Sin mayores precisiones, me centraré, en definitiva, en la memoria colectiva en sus acepciones conocidas o convencionales de «pasados presentes», «usos políticos del pasado» o

«apropiaciones sociales del pasado» (Rousso, 1998: 11-47; Robin, 1990: 73; Erice, 2009). Obviamente, con denotaciones tan generales abrimos un campo que requiere nuevas precisiones y cuyos diversos sentidos Marie-Claude Lavabre o el mismo José Carlos Rueda se han esforzado en matizar para el caso, que aquí nos interesa, de los comunistas (Lavabre, 1994; Erice, 2014). Rueda delimita perfectamente las cuestiones que en estas líneas vamos a abordar, que no se corresponden con la totalidad de asuntos integrables dentro de la categoría, ciertamente poliédrica, de memoria comunista / de los comunistas y que, como comprobaremos, encajan bien en lo que puede definirse como *discurso patrimonial y memoria pública oficial*. El primero, «suma articulada de ideas, capaz de incorporar señas de identificación, valores inclusivos o mecánicas de reconocimiento», tiene su expresión lógica en las narrativas orgánicas del partido, en relación con afirmaciones, percepciones, estrategias de coyuntura, evocaciones del pasado y expectativas de futuro. La segunda aludiría a los recuerdos institucionalizados, derivados sobre todo de los cuadros dirigentes y proyectados desde arriba hacia la militancia con fines de actuar como instrumentos de socialización y fomentar la identidad colectiva (Rueda, 2013: 13-14).

La aproximación que vamos a realizar, pues, como podrá comprobarse, nos ofrece más preguntas que respuestas y más hipótesis que tesis acabadas, entre otras cosas porque utiliza fuentes limitadas. Particularmente, no ahonda en las visiones *desde abajo* o elementos experienciales de la propia militancia. Trata, pero no profundiza en ellas, de cuestiones tales como los cambios y continuidades en las políticas conmemorativas en general, las actividades de formación, el papel de las fiestas del PCE, los contenidos *históricos* de la prensa y publicaciones comunistas en su diversidad, etc. Y, por supuesto, incide más en la emisión de mensajes entendidos como parte de políticas de memoria que en la siempre más difícil valoración de sus efectos prácticos.

En todo caso, las preguntas que subyacen en el planteamiento de este trabajo atañen especialmente a dos cuestiones interrelacionadas: ¿se producen cambios o existe una continuidad básica entre los relatos acerca del pasado del partido en el período de *transición* entre lo que podríamos llamar *comunismo clásico* y lo que pretendió llegar a ser el eurocomunismo? ¿Qué relación puede establecerse, si la hubiera, entre estos posibles cambios —o continuidades— y la crisis y rupturas vividas en el PCE a lo largo de estos años?

Sea como fuere, anticipo que estas reflexiones parten del rechazo de dos hipótesis particularmente difundidas. La primera es la visión de la memoria de los comunistas españoles como simple impostura, ejemplo de memoria falsaria *per se*. Quien más nítidamente la ha formulado es, quizás, Jorge Semprún en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, particular ajuste de cuentas con su propio pasado militante. Según Semprún, la memoria de los dirigentes comunistas «funciona pragmáticamente, de acuerdo con los intereses y los objetivos políticos del momento»; «no es una memoria histórica, testimonial, es una memoria ideológica» donde, por ejemplo, los que han abandonado al partido desaparecen en las evocaciones del pasado (Semprún, 1977: 241-242). Las defensas partidarias frente a la virulenta diatriba de *Federico Sánchez* oscilaron entre

la reivindicación enfática del orgullo herido de algunos militantes, las acusaciones de exageración y desmesura o —en el caso de Carrillo— la remisión al papel de los historiadores que —anunciaba— pronto dispondrían de los archivos abiertos del partido (Equipo de Club Planeta, 1978). En realidad, Semprún parece desconocer que estos mecanismos selectivos son propios de cualquier memoria colectiva, y aun suponiendo que las acusaciones concretas de olvido culposo e intencionado que él maneja sean ciertas, podemos admitir con Lavabre que la memoria comunista «no es particular más que en sus contenidos, mientras que sus mecanismos iluminan el funcionamiento de toda memoria política»; y ello, aunque tampoco perdamos de vista la notable capacidad de un partido comunista para actuar como punto de referencia para sus militantes o *comunidad de memoria* (Lavabre, 1994: 23-24).

La segunda idea cuestionable es la de la *amnesia* del PCE en la Transición, en cuanto que ausencia deliberada de referencias históricas o acerca del pasado. Semejante tesis puede ilustrarse con las acusaciones de los disidentes ortodoxos a la dirección *carrillista*, a las que luego nos referiremos, o en las críticas genéricas a los distintos grupos políticos que participaron del consenso de la Transición (por tanto, también al PCE) de convertir a España en «reino de los desmemoriados», tal como se afirma en un conocido texto de combate de Gregorio Morán (Morán, 1991). Más atinadas y puestas en razón me parecen las observaciones de Rueda Laffond, quien, aun reconociendo que determinados episodios incómodos del pasado del partido en general (la represión sobre el Partido Obrero de Unificación Marxista —POUM— o el pacto germano-soviético) o que lo eran para la imagen pacífica y conciliadora que se pretendía exhibir en la Transición (por ejemplo la guerrilla) fueron soslayados o escasamente invocados; pero eso no significa que no se generaran relatos de memoria identitarios o legitimadores, o que no se pusieran en práctica políticas de memoria, cuyo alcance y consecuencias tendremos ocasión de valorar (Rueda, 2022 y otros).

1.2. LA ETAPA FINAL DEL FRANQUISMO: CONTINUIDAD DEL RELATO CANÓNICO

En los años finales de la dictadura, parece claro que el relato *canónico* y reiterado a cada ocasión acerca de la historia del partido, modulaciones ocasionales aparte, era el que se había elaborado en torno al giro de la Reconciliación Nacional, el que estaba presente en la *Historia* oficial y textos coetáneos, con rasgos que resultan bien conocidos y estudiados (Erice, 2014; Rueda, 2018). Cabe destacar, para abordar con coherencia las elusiones intencionadas ligadas a la legalización del partido y su inserción en la vida política tras la recién estrenada democracia, que el relato de la Reconciliación no cuestionaba la centralidad de la Guerra civil en el discurso histórico-identitario del PCE, afectando en todo caso a otros episodios menores, como la guerrilla. El esquema interpretativo mencionado puede encontrarse en textos fundamentales o significativos de este periodo, como el informe de Carrillo «Hacia el posfranquismo» (1974), la entrevista del secretario general en *Mañana España* o el *Manifiesto-Programa* de 1975.

En «Hacia el posfranquismo», informe realizado por Carrillo poco antes de la revolución portuguesa, las perspectivas de futuro concebidas para el inmediato posfranquismo se contemplaban con referencias y paralelismos al compromiso y consenso antifascista de Francia o Italia en 1944-1947 y, sobre todo, al frente popular español, aunque dejando clara la no deseabilidad del desenlace militar que aquella coyuntura tuvo en nuestro país (Rueda, 2020: 173-174) El *Manifiesto-Programa* sintetizaba la *lectura* histórica oficial (incluyendo la matriz fundacional de 1917 o el *fracaso* de la revolución democrático-burguesa y su frustración con la República), dentro de la ambiciosa perspectiva de cambio rupturista o en dos fases diseñada en los años anteriores y que no tardaría sino unos pocos meses en ser abandonada (Rueda, 2018: 112; PCE, 1975).

En cuanto a la entrevista de Carrillo con Gallo y Debray (Carrillo, 1976a), inicialmente publicada en francés en 1974, seguía las mismas pautas en la visión del pasado, entreverando en la parte del relato histórico recuerdos personales del secretario general, que además desplegaba sus opiniones sobre las dos grandes figuras históricas del partido: Dolores Ibárruri y José Díaz. Dolores, objeto de homenajes en cada cumpleaños, lo sería especialmente con motivo de su 80.º aniversario (diciembre de 1975); significativamente, Pasionaria era glosada en las publicaciones del partido no solo como personaje histórico, sino como «dirigente político de hoy» y por tanto corresponsable de la línea del PCE, que de esta manera enraizaba su presencia en la propia historia, que Dolores emblematicaba de manera particular.¹ Pepe Díaz era presentado por Carrillo como persona de «gran intuición política de clase» y, sobre todo, identificado como «quien se puso a la cabeza de la lucha contra el sectarismo y quien logró logra sólidamente el partido a las masas».

Es de resaltar que el antiguo secretario general del PCE era objeto de amplio consenso entre los distintos grupos disidentes que aspiraban a recoger la memoria del viejo comunismo español, dando, obviamente, a su figura, connotaciones directamente relacionadas con la orientación de cada partido, y siempre poniéndolo en sintonía con la crítica al *carrillismo*. Para Líster y el Partido Comunista Obrero Español (PCOE), José Díaz se caracterizaba por su amor a la Unión Soviética y por haber encabezado en 1932 la erradicación de la dirección sectaria en la que, por cierto, participaba Dolores, como se hacía constar con intención crítica nada sutil.² Según la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), José Díaz había sido dirigente máximo de un partido glorioso que protagonizó las grandes batallas de la República y la Guerra Nacional Revolucionaria, y cuya crisis y dispersión condujo, tras la guerra, a la infiltración de la

¹ Melchor, F., «El 80 aniversario de Dolores Ibárruri. Una vida para un pueblo, para un combate y un ideal», *Nuestra Bandera* (1 de enero de 1976), n.º 83, pp. 38-42.

² Líster, Enrique, «En el 29 aniversario de la muerte de José Díaz», *Mundo Obrero* (PCOE) (primera quincena de marzo de 1971), n.º 64.

burguesía y la degeneración política, de la mano de Santiago Carrillo.³ Para el PCE (internacional), Díaz era particularmente el dirigente que había asumido valientemente la responsabilidad por la insurrección de octubre de 1934, defensor del marxismo-leninismo y solidario con la URSS que dirigía «el gran Stalin».⁴ Convertido ya en Partido del Trabajo de España (PTE), este último grupo calificaba a José Díaz de gran dirigente comunista, defensor del marxismo-leninismo y el frente popular, personalidad del comunismo que debía ser recordado «en estos momentos en que existen gentes que ocultan y silencian su nombre y su obra».⁵

Los primeros cambios —en la medida en que se explicitan— parecen remontarse a la segunda mitad de 1976, cuando el esquema articulado para la Transición en los años anteriores se hunde estrepitosamente y se desencadenan los reajustes que estrechan claramente y modulan de manera pragmática las expectativas futuras del PCE acerca del desenlace de la dictadura y la implantación de la nueva democracia (Érice, 2017: 131-142). Algunos puntos de inflexión comienzan a vislumbrarse en las publicaciones comunistas de ese año crucial, y especialmente en torno a determinados episodios, como la celebración abierta del Comité Central en Roma, a finales del mes de julio.⁶ Lo que, poco a poco, empieza a hacerse habitual es una cierta autocrítica que pretende mejorar una imagen que los dirigentes del PCE —especialmente Carrillo— consideran perjudicial para las expectativas político-electorales del partido e incluso, previamente, para su mismo reconocimiento legal. A modo de ejemplo, en el folleto del otoño de 1976 *¿Qué es la ruptura democrática?*, a propósito de las *Memorias de Azaña*, Carrillo subrayaba la necesidad de superar errores históricos como el viejo anticlericalismo o la inconveniencia de exigir responsabilidades por los crímenes o las violencias del pasado (Rueda, 2016: 256-257; Carrillo, 1976b).

1.3. MODERACIÓN Y LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO

Los análisis históricos o las evocaciones del pasado que aparecen en los primeros años del posfranquismo están especialmente condicionados por algunos factores particulares del momento, como son las concesiones simbólicas para la legalización y la respuesta a las fuertes campañas anticomunistas que la acompañaron, así como al deseo de contrarrestar los supuestos efectos que la propaganda del Franquismo había generado en la imagen del partido, factor al que se atribuye una especial influencia de los

³ «La clase obrera necesita un partido revolucionario marxista-leninista», *En Lucha* (15 de octubre de 1976), n.º 119.

⁴ «Fragmento de un discurso de José Díaz» y «En el 30 aniversario de la muerte de José Díaz», *Mundo Obrero Rojo* del PCE(i) (noviembre de 1971 y suplemento de abril de 1972).

⁵ «José Díaz, gran dirigente comunista», *El Correo del Pueblo* (3 de abril de 1976), n.º 36.

⁶ Referencias a diferentes intervenciones, por ejemplo, en *Mundo Obrero* (1 de septiembre de 1976), n.º 30 (Extra Comité Central).

discretos resultados electorales. En particular, preocupaban mucho las campañas identificando a Carrillo con los sucesos de Paracuellos o hechos similares. Además de los correspondientes desmentidos y del espíritu conciliador que quería transmitir, el PCE se mostró, por entonces, muy cauto en evocar recuerdos de la guerra en temas asociados con la forma de Estado, la cuestión religiosa, la violencia callejera, etc., aunque nunca renegó de su papel en el conflicto bélico y de su tradición luchadora, que —se dice— servía ahora para defender la vía pacífica en la construcción de la democracia (Aguilar, 1996: 328-335). Sin solución de continuidad, a finales de 1977, se difundían los ataques a la imagen del partido y sus dirigentes de Jorge Semprún, en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, que hablaban más de la clandestinidad que de la guerra, pero que suponían un duro ataque en la línea de flotación de la imagen ética y heroica del partido (Claudín, 1983: 284-285; Equipo de Club Planeta, 1978).

En general, los años 76-78 configuran una etapa en la que los informes y documentos del PCE hablan poco del pasado, como ha señalado Carme Molinero, centrándose casi exclusivamente en los problemas inmediatos del presente (Molinero, 2007: 221-222). La búsqueda de la respetabilidad y la defensa de la utilidad política del partido en la nueva situación priman claramente sobre el cuidado de los anclajes identitarios. Un repaso a la prensa comunista entre 1975 y 1977 evidencia escasez de referencias a la República o la Guerra Civil, salvo algunas necrológicas, observaciones ocasionales en el ya citado homenaje a Pasionaria por su 80.º cumpleaños o el dossier sobre el 40.º aniversario del PSUC, que incluye una entrevista a López Raimundo, en julio de 1976. La idea que se pretende difundir, según apuntaba Carrillo a propósito de la matanza de Atocha, es que la Guerra Civil «es ya historia», es decir, hay que dejarla a un lado para construir el futuro. En la campaña electoral de 1977, si se exceptúan las intervenciones de Dolores Ibárruri, apenas se habla de la Guerra (Rueda, 2016: 254-259). Es cierto que el PCE portaba una memoria del conflicto bélico de delicado manejo (o con elevados costes electorales potenciales) en estos momentos iniciales del proceso democrático: los comunistas habían sostenido la resistencia hasta el final y, además, figuras fundamentales de su dirección presente habían vivido activamente el período (Andrade, 2021: 262-270).

Como ya señalamos, algunos temas especialmente conflictivos o que contrastaban con la deseada imagen de moderación fueron, cuando menos, táctica y discretamente orillados. Fue también entonces, en el momento en que la dirección comunista priorizó de manera absoluta la legalización y la aceptación del nuevo sistema político, cuando las concesiones simbólicas, en términos de identidad y memoria, alcanzaron sus máximos límites, más allá incluso de lo exigible en virtud de la correlación de fuerzas existente; lo cual afectó especialmente a la sensibilidad de la militancia, generando efectos deletéreos de la propia estabilidad de la organización, como distintos historiadores han subrayado. Andrade ha enfatizado la verdadera obsesión de la dirección del PCE por escenificar unos cambios adaptativos que generaban tensiones en la militancia o hipotecaban la libertad del partido, sin por ello suavizar las críticas de la prensa hostil anti-comunista (Andrade, 2017: 229-230). Según recuerda Ferrán Gallego, las renunciaciones implicaban no solo el silencio sobre la Guerra, sino también acerca de la experiencia

democrática a la que se achacaba su origen, es decir, la Segunda República, con lo cual se rompían los nexos entre las movilizaciones antifranquistas «y una cultura sofocada por la derrota y las condiciones de la posguerra»; lo que algunos ensalzaron, por entonces, como un ejercicio de *responsabilidad*, puede también entenderse «como una falta de respeto a la propia tradición» (Gallego, 2008: 704-705). Asumir la monarquía y sus símbolos suponía, en el caso de los comunistas, renunciar al imaginario nacional republicano y federal por el que habían luchado en la dictadura. El esfuerzo de pedagogía de cara a la militancia que lo justificara más allá del reconocimiento de una claudicación «no entraba en las prioridades de una dirección centrada en gestionar un día a día en el que parecía jugarse el ser o no ser de la democracia en cada quiebro de los acontecimientos», y, por tanto, se recurrió, sin más requisitos, a invocar la vieja disciplina de partido (Hernández, 2022: 294).

El esfuerzo de camuflaje o edulcoración del pasado aparece con especial nitidez cuando se trata de difundir mensajes en tono divulgativo sobre el pasado y el presente del partido. Si analizamos un breve folleto informativo-propagandístico fechado en octubre de 1977 («¿Quiénes somos, qué nos proponemos?»), dirigido por tanto a un público externo a la organización, vemos cómo se recoge de manera muy compendiada el esquema clásico ya acuñado por el PCE de su propia historia, pero, significativamente, no aparece mención alguna a Octubre de 1934, se subraya que el golpe de julio de 1936 fue parado por los obreros y «la mayoría de los militares» (*sic*), y la potencial imagen violenta de la guerrilla es neutralizada, al subrayar lo que se considera su principal efecto práctico: evitar que España entrara en la guerra mundial.⁷

Aunque de manera algo más sutil, dado que se trata de un texto fundamentalmente para militantes, el informe de Carrillo al Noveno Congreso (abril de 1978) retoma, asimismo, muy brevemente, el esquema histórico canónico, con peculiares adjetivaciones y explicaciones de los episodios violentos, resaltando su historia densa («este partido no es una improvisación»), su capacidad para «desembarazarse del sectarismo» y para la «renovación antidogmática», así como su indomable voluntad de lucha, manifestada en 1936, cuando los comunistas se vieron abocados, en una guerra no deseada, a batallar «durante treinta y dos meses en defensa de la democracia y la libertad»; luego, después de 1939, la dureza de la represión «obligó a los comunistas a defenderse en la guerrilla», pasando finalmente a la lucha de masas. En suma, el informe del secretario general ofrecía la imagen de un partido que «se ha renovado sin dejar de ser la continuidad de ese pasado glorioso». En todo caso, la atención dedicada al pasado era mínima y casi protocolaria, con insistencia sobre todo en mirar hacia el presente y el futuro: «aun apegados a nuestra historia nos preocupa *sobre todo el presente y el porvenir*» (PCE, 1978).

Tal es, en definitiva, el tono de las escasas evocaciones de la historia en el período de preparación y desarrollo del Noveno Congreso. Por ejemplo, cuando se recuerda el

⁷ En Archivo Histórico del PCE (AHPCE), Documentos PCE, carpeta 58, 1977.

último congreso comunista celebrado en la legalidad (1932), se pone de relieve la confusión de ideas del partido en su primera etapa y los cambios positivos desde entonces.⁸ Las fotos que el periódico comunista publicaba de un mitin celebrado tras el Noveno Congreso estaban encabezadas por un título elocuente: «Un partido nuevo que conserva su historia».⁹ Pero ese pasado no debía en modo alguno convertirse en motivo de litigio. Cuando, poco después, se estrenaba por fin en España el conocido documental sobre la guerra *Morir en Madrid*, *Mundo Obrero* se sentía obligado a precisar que ello no debía «interpretarse como una revancha, sino como una aportación indispensable para recuperar una tradición».¹⁰

1.4. ANTE LA CRISIS. EL DESAFÍO DE LOS ORTODOXOS

Sin embargo, una vez pasados los primeros años del nuevo régimen y la perentoria necesidad de exhibir determinadas renunciaciones como patente de honorabilidad democrática, la dirección del PCE parece haber comprendido la necesidad de retomar con más fuerza algunos de los hilos identitarios que habían ido perdiéndose o difuminándose. El crecimiento de las disidencias y los problemas internos, junto al recrudecimiento del desafío de los sectores *ortodoxos*, redundaban en la misma dirección: la revitalización —aunque incorporara nuevas claves de lectura— de su relato histórico-identitario, así como una voluntad homogeneizadora de la *cultura* del partido, que Carrillo definía como superación crítica de la *cultura comunista tradicional* y generación de una cultura *eurocomunista*. Cuestión distinta es el grado de eficacia que esas políticas de memoria llegaron a tener y la capacidad de desarrollar este proceso unificador superando o no priorizando los métodos estrictamente burocráticos y disciplinarios.

El principal desafío identitario, que recurría frecuentemente a la historia y la memoria, es el que procedía de los sectores *ortodoxos*, que no solo desarrollaban con ello sus propios mecanismos de construcción de identidad, sino que también podían hacer mella en la vieja militancia de un PCE que no renunciaba mayoritariamente a las viejas lealtades con respecto a la dirección, pero sí resultaba especialmente sensible no solo a críticas a la política del presente, sino también a determinadas invocaciones al pasado. Los ataques procedentes de los grupos ortodoxos escindidos del PCE solían insistir en que el partido *carrillista* había traicionado una historia gloriosa y heroica, que las organizaciones y sectores disidentes reivindicaban de manera particularmente enfática. A veces esta reivindicación alcanzaba niveles tan burdos como los que exhiben los libros de Líster (*Basta, Así destruyó Carrillo el PCE...*), plagados además de manidas y terribles acusaciones personales contra la figura de Carrillo. Líster se preguntaba retóricamente incluso, a propósito de la anunciada apertura del Archivo Histórico del PCE, qué

⁸ «Hace 46 años. El último Congreso legal del PCE», *Mundo Obrero* (20 de abril de 1978), n.º 16.

⁹ En *Mundo Obrero* (27 de abril-3 de mayo de 1978), suplemento al n.º 18.

¹⁰ «Llega “Morir en Madrid”», *Mundo Obrero* (11-17 de mayo de 1978), n.º 20.

documentos podría Carrillo enseñar: los de los procesos y sentencias contra camaradas entre 1945 y 1951, o —añadía sibilina— los *fabricados* por Domingo Malagón (el falsificador de documentos de identidad para los clandestinos) (Lister, 1977, 1978, 1983).

Más sutiles y medidas son las observaciones de libros como *Por qué somos comunistas* (1981), de Francisco García Salve (*el cura Paco*), donde se esbozaba una historia y una descripción de las señas de identidad del PCE que coincide con la *oficial* hasta 1956, aunque el giro de este año se interpreta prácticamente como el origen del eurocomunismo, si bien se reconoce que la política de Reconciliación Nacional tenía otras posibles *lecturas*. Arremetía luego García Salve contra el uso del episodio de Checoslovaquia con fines antisoviéticos, y contra el abandono del leninismo. En todo caso, se esforzaba por no ofrecer una imagen demasiado *izquierdista*, admitiendo la necesidad de las reivindicaciones parciales y concretas, pero no para desviarse de la revolución sino, como decía José Díaz, para avanzar hacia ella (García Salve, 1981).

Es bastante notable la insistencia de los ortodoxos en el uso de la memoria y la simbología tradicional del PCE. Puede comprobarse en *Mundo obrero (rojo)*, el órgano del PCE (VIII-IX congresos), o en *Unidad y Lucha*, el periódico del PCOE, donde la memoria de los comunistas y el realce de la figura de José Díaz, e incluso de las conmemoraciones republicanas, aparecen con notable frecuencia. El grupo de Eduardo García (el PCE VIII-IX) destaca claramente en ese sentido. Fue, sin duda, el que, con mayor intensidad, cultivó la «memoria cosmopolita comunista» y la identificación con la URSS, a partir de la traumática crisis de Checoslovaquia, cuando la «memoria orgánica» del PCE y la memoria viva de muchos de sus militantes chocaron abruptamente (Abad, 2022: 73). A modo de ejemplo, podemos leer en *Mundo Obrero (rojo)* artículos de Juan Ambou evocando el Octubre asturiano y a Aída Lafuente como ejemplos para los jóvenes del día, aprovechando para recordar que estas lecciones históricas (noviembre de 1977) eran despreciadas por el oportunismo *carrillista*, que llevaba —afirma— veintidós años destruyendo al partido. También aparecen reiteradas glosas de la figura de José Díaz o, de una sola tacada, en el número de abril de 1978, el recuerdo de múltiples aniversarios, republicanos, comunistas españoles y del comunismo internacional: el 14 de abril de 1931 (aniversario de la República), el 20 del mismo mes de 1920 (creación del PC español, el de los *mil niños*), el 20 de abril de 1963 (asesinato de Grimaud), el 22 de abril de 1870 (nacimiento de Lenin) o el 25 de abril de 1974 (revolución portuguesa).¹¹ La idea de continuidad del comunismo español, traicionada por la dirección *carrillista*, ya la expresaban a la perfección, en 1971, los miembros de una célula de Euskadi, que veían al partido en el momento más difícil de su historia: «Nuestros caídos nos vigilan desde la tumba y nos están juzgando porque ellos son parte integrante de la gran obra revolucionaria y a nosotros nos legaron seguirla como nosotros se la legaremos a otros para culminarla».¹²

¹¹ *Mundo Obrero* (cabecera roja) (noviembre de 1977; abril, mayo y octubre de 1978).

¹² *Mundo obrero* (cabecera roja) (primera quincena de octubre de 1971). Citado en Abad, 2022: 102-103.

En el caso del PCOE, la figura de Lister como «hombre memoria» y la propia denominación del partido (el segundo de los grupos comunistas constituidos en España, en este caso en 1921 por escisión del Partido Socialista Obrero Español —PSOE—) deben leerse en clave de memoria, incluso *transnacional*. La Resolución de su congreso extraordinario de 1973 afirmaba su continuidad con «las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero español y del Partido Comunista de España». El nuevo partido, se decía,

es el puente que vuelve a enlazar con el partido de la revolución democrático-burguesa de 1931, del Frente Popular de 1936, de la guerra nacional-revolucionaria del pueblo español contra el fascismo, del período de la clandestinidad y de las guerrillas, del Partido por el que dieron sus energías y su vida legiones de revolucionarios (Abad, 2022a: 117).

En el ceremonial del autodenominado X Congreso del PCOE, en enero 1978, destacaba la presencia simbólica, muy relevante, de grandes retratos de Lenin y de José Díaz, así como de las banderas comunista y republicana. En *Unidad y Lucha*, su órgano de expresión, también proliferan las efemérides (defensa de Madrid, destacando el apoyo soviético, o revolución de Octubre de 1917), e incluso cierta curiosa evocación de Stalin, como la que se produce en su número de marzo de 1979, donde se destacan sus virtudes revolucionarias, pero a la vez se le reprocha («porque la verdad es siempre revolucionaria») «el asesinato de la oposición obrera en la URSS» y hasta el fomento «de los gérmenes burocráticos y oportunistas que hoy asolan a las direcciones de muchos partidos comunistas». A Stalin se le dedica también una glosa a propósito de los cien años de su nacimiento.¹³

Esta búsqueda de la legitimidad sobre la base de constituir el verdadero PCE no está tan presente en las organizaciones ortodoxas de lo que Eduardo Abad denomina *la segunda ola*. El Partido Comunista de los Trabajadores (PCT), procedente de la antigua Oposición de Izquierdas (OPI), se negó en 1979 a celebrar conjuntamente con el PCE (VIII-IX), con el que se encontraba en un proceso de fusión, el aniversario del PCE, por discrepancias de interpretación en torno al papel histórico del partido y su diferencia de autopercepción con respeto a su carácter de continuadores del mismo; pero en 1980, tal vez por las necesidades mismas de la fusión, se interiorizaba ya el relato del PCE sobre su historia, su origen basado en una *necesidad histórica* o el imaginario soviético por su papel movilizador. En la misma línea, en el congreso fundacional del Partido Comunista de España Unificado (PCEU), celebrado en Madrid en mayo de 1980, el legado del partido de José Díaz aparecía de manera muy destacada. Eduardo García hablaba de «la majestuosa herencia» del viejo PCE, y Carlos Delgado (Carlos Tuya) se refería a «la recuperación del partido histórico del comunismo español» (Abad, 2022a: 173 y 249-250, 286).

¹³ Citado en Abad (2022a: 134-135). *Unidad y Lucha* (noviembre de 1978), n.º 13; (marzo de 1979), n.º 16; (enero de 1980), n.º 21.

Algo parecido sucedería con el PC que encabezó Ignacio Gallego, en cuya despedida de la organización histórica se evocaba una vez más la memoria del partido de José Díaz. Gallego, de larga trayectoria en la dirección del PCE, acusaba finalmente al mismo de abandonar la identidad comunista, y hablaba de la liquidación del Partido de José Díaz, Pasionaria y miles de mujeres y hombres que habían dado su vida por la libertad. En Cataluña, el recién nacido PCC también reivindicaba la memoria del PSUC, incluido su componente catalanista, como muestra el libro sobre sus orígenes coordinado por Pere Ardiaca (Abad, 2022a: 381-382).

1.5. POLÍTICAS DE MEMORIA PARA UN PCE EUROCOMUNISTA

Carrillo, en su *Memoria de la Transición*, afirma que, en estos años, se produjo, dentro de un partido que era muy plural, una crisis cultural e ideológica, coincidiendo con una grave crisis social, pero —asegura— no se trataba de un cuestionamiento de la línea política seguida. Dicha crisis consistiría, según su percepción, en la confrontación entre la cultura comunista tradicional y la eurocomunista, amén de algunos intentos de absorción por parte del PSOE, identificado con los llamados *renovadores* (Carrillo, 1983). En cambio, algunos de estos últimos o simplemente disidentes de la línea seguida por la dirección, pero confesadamente eurocomunistas, piensan que la mayoría de la militancia compartía la cultura comunista tradicional y que la dirección hizo escasos esfuerzos para cambiarla (Vega y Erroteta, 1982: 9).

En todo caso, la respuesta del PCE, frente al desafío de la crisis y el rebrote ortodoxo no se centró, como señalamos, en evitar referencias a la historia, sino en contraponer teóricamente una memoria compatible con el eurocomunismo con otra más centrada en la cultura comunista tradicional. Así, con motivo del 80.º aniversario del partido, en presencia de Dolores y de Enrico Berlinguer y ante una multitud de militantes y simpatizantes, Carrillo reivindicaba la propia historia, sin dejar de mencionar las simplificaciones teóricas y las prácticas estalinistas denunciadas en el XX congreso, pero subrayando especialmente la tradición de lucha constante por las libertades y el espíritu de unidad.¹⁴ Nuevamente Carrillo, en su informe al X Congreso (julio de 1981), reaccionando frente a las críticas algunos veteranos, recordaba esta relación entre tradición y cambio con el ejemplo de los viejos militantes:

Hay gentes en nuestras propias filas que nos reprochan haber hecho la guerra, olvidando que, si el PCE es el Partido de la política de reconciliación nacional y del eurocomunismo lo debe, en gran medida, a la apertura y al espíritu renovador demostrado por esa «vieja guardia».¹⁵

¹⁴ «Santiago Carrillo. El eurocomunismo, un ideal para las generaciones actuales», *Mundo Obrero* (15-21 de mayo de 1980), n.º 75.

¹⁵ «Informe del Comité Central al X Congreso. Presentado por Santiago Carrillo», *Mundo Obrero* (28 de julio de 1981), n.º 136.

En todo caso, esta idea de la continuidad, pese a los cambios, en la tradición comunista española, fue desgranándose a través de sucesivas adaptaciones tácticas en los debates y conflictos. En realidad, las políticas de memoria ensayadas por el aparato partidario comunista desde 1978 no dejan de reflejar el tacticismo y las visiones cortoplacistas típicas de la dirección partidaria de esos años. Esto se percibe de manera ostensible en el uso de la historia, que Azcárate ejemplifica críticamente en la actitud de un Carrillo que, en la preparación del X Congreso —asegura— llega a inventar la tesis de que el partido bolchevique, en vísperas de 1917, se había transformado en una especie de coalición de partidos, lo cual explicaría el papel de Trotski. «Era —asegura Azcárate— un caso típico de la irresponsabilidad de Carrillo, capaz de jugar con la historia según le convenía» (Azcárate, 1998: 185).

En los años en que culminan la crisis y ruptura interna del PCE, aunque dentro de límites relativamente modestos y con algunas limitaciones (como la ausencia de reivindicaciones republicanas explícitas), los contenidos históricos relativos a la etapa anterior a 1939 o episodios del antifranquismo empiezan a aparecer con más frecuencia en las publicaciones y documentos del PCE. En los años 1978 y 1979, en las evocaciones del pasado de la prensa comunista parecen predominar aún los asuntos fundamental o específicamente culturales, como el recuerdo de Renau o de Picasso, la política republicana de protección del arte en el Museo del Prado durante la guerra o el Congreso de Escritores Antifascistas, a menudo insertos en las páginas culturales, en la medida en que aluden a libros, películas o exposiciones. En general se liman o no se agudizan las aristas ideológicas y los elementos que puedan generar una lectura filo-republicana definida. En septiembre de 1979, *Mundo Obrero* semanal saludaba el tratamiento, en el programa televisivo *La Clave*, de la presencia extranjera en la Guerra Civil, en el que por primera vez —se decía— se escuchó la voz de los historiadores y de los vencidos, con pretensiones de neutralidad que —se añadía— nunca podían ser de objetividad.¹⁶ Paralelamente, el PCE comenzaba a rediseñar su trabajo entre los intelectuales, con la creación de un Centro de Estudios Marxistas (CEISA), dirigido por José Sandoval, con pretensiones de trabajar por el objetivo de la «hegemonía cultural»; dos años más tarde, transformado ya en Fundación de Investigaciones Marxistas, contaría, entre otros activos, con el apoyo y la colaboración de un amplio sectores de historiadores que entonces militaban o simpatizaban con el partido y que, como veremos, organizaron, sobre todo desde 1980, interesantes coloquios y ciclos de conferencias sobre temas particularmente sensibles para el pasado y la memoria comunista.¹⁷

A partir de 1980, la presencia de la historia del partido empieza a ser más ostensible y frecuente, mostrando probablemente cierta relajación de las rígidas hipotecas de

¹⁶ «Ante un programa de TVE. Extranjeros y extraños en la guerra civil», *Mundo Obrero* (6-12 de septiembre de 1979), n.º 52.

¹⁷ «El PCE patrocina un Centro de Estudios Marxistas. Conquistar la hegemonía cultural» o «Fundación de Investigaciones Marxistas. Dos años haciendo cultura», *Mundo Obrero* (14-20 de marzo de 1980), n.º 66.

la Transición y, a la vez, la necesidad de afrontar la crisis de legitimación que los sectores disidentes comienzan a introducir en el debate. Sin excesivas alharacas, vuelve a reivindicarse el pasado, como hacía un editorial de *Mundo Obrero* en abril de 1980, recordando, crítica y autocríticamente, la voluntad de lucha en 1934 y 1936 y el combate por la democracia, el origen en la revolución rusa pero a la vez la independencia del PCE: «desde entonces los comunistas españoles han construido su propia historia, han hecho su propia experiencia».¹⁸ En ese año y los siguientes, no es infrecuente encontrar en las páginas de *Mundo Obrero* artículos sobre la Segunda República, la reforma agraria, poetas y escritores republicanos (Miguel Hernández, Lorca, Machado, Pedro Garfías), homenajes a veteranos ya fallecidos (Grimau, Modesto, Antón) y sentidas necrológicas (Ormazábal, Vidiella...). En ellos parece apreciarse una voluntad de recuperar, de forma no ostentosa y siempre tratando los perfiles de los personajes y situaciones de la manera más adaptada posible a la nueva política, una parte de las tradiciones democráticas del partido y la izquierda, sin cuestionar los pactos de la Transición, pero también contrarrestando en cierto modo las acusaciones de los disidentes. Así puede percibirse en el mismo debate sobre los sucesos de Polonia desarrollado en el Comité Central, donde una nueva vuelta de tuerca sobre la crítica al *socialismo real* y una enfatización más en la independencia del PCE se contrapesa, en cierto modo, en el resumen de Carrillo, con una reafirmación de la fidelidad al Octubre ruso como seña de identidad irrenunciable (si no —señala el secretario general—, nos iríamos todos al PSOE) y con la necesidad de mantener la relación con todos los partidos comunistas.¹⁹

Desde luego, no desaparece la memoria épica de la guerra, aunque lo significativo no es tanto —o no es solo— el tema el sí, sino su análisis en términos de moderación y sentido unitario. También se usa el episodio para ejemplificar lo que pudiera ser el papel dirigente del partido (Hernández, 2022: 296). No debemos pensar que el imaginario de la militancia comunista se reducía a las evocaciones de Octubre de 1917 o de la Guerra civil española; también incluía ejemplos más recientes como la guerra de Argelia, Vietnam, la revolución cubana, el Chile de Allende o la revolución portuguesa (Andrade, 2017: 228). Pero la Guerra civil sigue actuando como patrimonio simbólico central de la memoria comunista, con distintos planos de visibilidad y elusión, incluyendo algunas referencias internas (como en las escuelas de cuadros), que siguen recurriendo al viejo léxico y hablando de la *guerra nacional revolucionaria*. De hecho, la Guerra civil se mantuvo como «capital de memoria épica», esencialmente entre el tejido militante comunista, «en dimensiones como su carácter antifascista, el mito frentepopulista como proyecto progresivo o su valor en términos de legitimación histórica». Aunque no se prodiguen en exceso, las referencias a la Guerra vertidas en documentos orgánicos o prensa siguen reiterando, en lo general, el esquema interpretativo formulado en los años sesenta y consagrado en el *Manifiesto Programa* de 1975 (Rueda, 2018 y 2013: 22).

¹⁸ «Editorial. El mundo ha de cambiar de base», *Mundo Obrero* (17-23 de abril de 1980), n.º 71.

¹⁹ En *Mundo Obrero* (22-27 de enero de 1982), n.º 160.

La política de conmemoraciones del PCE no aparece tan recargada como en los viejos tiempos, pero ocasiones como el 60.º aniversario (en 1980) de la fundación del partido permiten una intensa actividad en ese sentido. Los actos de celebración incluyeron exposiciones, libros, folletos o un largo número extra de *Mundo Obrero*, con un amplísimo repaso a la historia del partido en todas sus etapas y episodios fundamentales, en el que participaron numerosos dirigentes, históricos del partido y algún historiador (Zaldívar, Azcárate, Elorza, Ormazábal, Lobato, Sánchez Montero, Santiago Álvarez, Sartorius, Camacho, etc.). El discurso de Carrillo para la ocasión fue, oportunamente, titulado «El eurocomunismo, un ideal para las generaciones actuales», pero reivindicaba también, como no podía ser de otro modo, la historia del partido. El secretario general recordaba, para la ocasión, a los fundadores y los héroes del PCE, su lucha por la libertad y la democracia y, desde 1956, su independencia con respecto a la URSS.²⁰

Entre las conmemoraciones que continuaron celebrándose, desde luego, los aniversarios de Dolores ocupan un papel especial (Ginard, 2013). Tales ceremonias, además de recurrir a un símbolo vivo —como se ha señalado— de múltiples significados, sirven para ensalzar la política del partido en sus diferentes momentos. En el 80.º cumpleaños de Pasionaria, que aún se celebra fuera de España (en Roma concretamente) por razones de clandestinidad, la dirigente es presentada como alguien cuyo mensaje no envejece, y que aprovecha para llamar una vez más a la reconciliación nacional, recordando que el PCE no quiere volver a 1931 o a 1936, sino instaurar una democracia propia del mundo de hoy.²¹ En el 85.º aniversario de su presidenta, el periódico del partido le destina nada menos que ocho páginas, bajo el título genérico «Pasionaria, símbolo de una esperanza». En ellas, Eusebio Cimorra subraya, de forma más o menos prototípica, sus hitos biográfico-políticos esenciales (el impacto del Octubre ruso, su papel en la dirección durante la *renovación* de 1932-1934, la revolución de 1934 para frenar al fascismo, su figura de diputada en 1936 o el discurso del *No pasarán*).²² A Dolores se le dedica también, por estos años, una película documental (*Dolores*, de José Luis García Sánchez y Andrés Linares, 1981) y algunas biografías y libros de conversaciones como la de Teresa Pàmies en 1976 o los de Jaime Camino (en 1977) y Andrés Carabantes y Eusebio Cimorra (en 1982). Además, se le tributan homenajes, como el de Asturias en junio de 1982, alternando los escenarios del Teatro Campoamor en Oviedo y el Pueblo de Asturias en Gijón. En ellos Gerardo Iglesias, dejando a un lado cualquier tipo de sutileza, en medio de la crisis del partido, además de considerar a Pasionaria patrimonio del movimiento obrero mundial, le atribuía —siempre junto a Carrillo— la renovación de la cultura tradicional dogmática del partido,

²⁰ «Previstas muchas actividades en las organizaciones comunistas. 15 de abril de 1980 : el PCE cumple 60 años», *Mundo Obrero* (10-16 de abril de 1980), n.º 70; *Mundo Obrero* (1-7 de mayo de 1980), n.º especial 73. Mitin del aniversario en *Mundo Obrero* (15-21 de mayo de 1980), n.º 75.

²¹ *Mundo Obrero* (enero-febrero de 1976), n.º 83.

²² *Mundo Obrero* (diciembre de 1980), n.º 104. También escriben, entre otros, Mendezona, Alberti, Terence Moix o Tina Sainz.

el euroco-munismo y la defensa de un gobierno de concentración democrática; en definitiva, añadía, «decimos que los nostálgicos no pasarán en el PCE» que Dolores había contribuido a crear.²³

La atención particular dedicada a tan carismática figura no significa que se dejara en manos de los *ortodoxos* la apropiación de la figura del otro gran dirigente histórico, José Díaz, con claves y lecturas, ciertamente, muy particulares. En 1978, Carrillo recuperaba un texto de 1971 para prologar la recopilación de discursos e informes de Pepe Díaz *Tres años de lucha*. En el análisis del nuevo secretario general del PCE, su antecesor aparecía sobre todo como el adalid fundamental de la política antifascista y de las propuestas de unidad, en el contexto de la revolución democrática y casi prefigurando la propuesta de vías alternativas y democráticas al socialismo (Carrillo, 1978: 7-32). En general, las referencias a Díaz proliferan por estos años y sobre todo cuando, seguramente como reacción frente a la crisis interna y las críticas de los ortodoxos, el PCE comienza a dedicar mayor atención al pasado y a reforzar sus lazos identitarios. Incluso al defender al PSUC frente a sus críticos, Carrillo llegaba a afirmar: «Somos el Partido de José Díaz, de Dolores Ibárruri, de Rafael Vidiella».²⁴ En abril de 1981, el cincuentenario de la creación de la República se conmemora con una foto de José Díaz y la reproducción de su conocido discurso en el cine Europa de Madrid, adobado con comentarios de este estilo: salvando las diferencias naturales, el discurso de José Díaz es «aleccionador desde el punto de vista histórico».²⁵

La reivindicación del frentepopulismo incluye curiosos registros y lecturas históricas. Ya en *Eurocomunismo y Estado*, Carrillo interpretaba la política de los frentes populares como un claro antecedente del eurocomunismo; en el caso concreto de España, afirmaba:

Ya fuese más por intuición revolucionaria que por una elaboración y análisis teórico profundo, nuestra política en el período del Frente Popular encerraba ya en embrión la concepción de una marcha hacia el socialismo con democracia, con pluripartidismo, parlamento, libertad para la oposición (Carrillo, 1977: 141-163).

Uno de estos registros es la recuperación de la figura de Dimitrov, a cuyo pensamiento político dedicó la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM) un simposio, a mediados de 1982, con participación de políticos e historiadores. La clausura corrió a cargo de Carrillo, que llegó a afirmar que el comunista búlgaro «no funda el eurocomunismo, pero contesta a lo que se podría llamar una *cultura comunista tradicional*», la sectaria, que hablaba de *socialfascismo*, hoy plenamente superada. Dimitrov —señalaba— aportó «un viento fresco para quitar muchas telarañas que impedían al

²³ *Mundo Obrero* (2-8 de julio de 1982), n.º 183.

²⁴ «Mitin de Santiago Carrillo en Martorell. El PSUC, único partido de los comunistas catalanes», *Mundo Obrero* (7 al 13 de mayo de 1982), n.º 175, p. 13.

²⁵ *Mundo Obrero* (24-30 de abril de 1981), n.º 122. También M., F., «En el 30 aniversario de su muerte. José Díaz y el viraje de los años 30», *Mundo Obrero* (30 de marzo-5 de abril de 1978), n.º 13.

movimiento comunista actualizarse, ponerse al día»; asegurando la autonomía de los partidos comunistas «sin dirigismos moscovitas», la independencia sindical frente a la idea de la *correa de transmisión*, la imagen de que la guerra imperialista no era inevitable, la necesidad de los partidos comunistas de penetrar en sus sociedades nacionales respectivas y el respeto a los antifascismos no comunistas.²⁶

Este tacticismo en el uso de la historia puede apreciarse también en otras conmemoraciones o debates. Por ejemplo, el Frente Popular, sobre el que la FIM organizó un simposio en 1980, con participación de algunos de sus historiadores entonces militantes o simpatizantes más conocidos (Antonio Elorza, David Ruiz, Manuel Tuñón de Lara, Marta Bizcarrondo, Santos Juliá) y algunos invitados extranjeros (como Paolo Spriano);²⁷ un Frente Popular presentado como ejemplo de democracia avanzada. Como curiosidad significativa, en abril de 1982, cuando la derecha lanzaba acusaciones críticas contra el «frentepopulismo», las complejidades del tratamiento del tema por parte de los profesionales de la historia daban paso, una vez más con Carrillo, a simplificaciones que rozaban como mínimo la caricatura. Así, en medio de una serie de atentados terroristas y de acoso propagandístico de la derecha, que ligaba el Frente Popular a la guerra, en un informe de abril-mayo de 1982 al Comité Central, el secretario general negaba que este hubiera sido una coalición de *rojos*, asegurando que, en las circunstancias actuales, incluso podría integrar a una parte de Unión de Centro Democrático (UCD) y hasta a algún sector de Coalición Democrática, así como a nacionalistas vascos y catalanes:

Es decir, ese fantasma del Frente Popular socialmente, políticamente representaba a algo que compone en lo fundamental las Cortes actuales, la situación política actual. Otra cosa es que, al estallar la sublevación franquista, al declararse la guerra, en el Frente Popular pasase a tener la hegemonía la clase obrera, y el frente Popular adquiriera ya, a causa de una guerra que no provocó el Frente Popular, que provocó la sublevación franquista, un carácter mucho más avanzado y mucho más radical que el que tuvo en sus orígenes.²⁸

El ecumenismo en la integración de personajes y corrientes históricas bajo el paraguas del PCE llega, también en los textos de Carrillo, a otros extremos no menos delirantes. Por las mismas fechas, en la clausura de la Fiesta anual del PCE, Carrillo a la vez defendía «las esencias profundas del comunismo» e integraba la herencia de la tradición progresista, socialista y libertaria de España, citando a personajes como Pablo Iglesias, Largo Caballero, Durruti, el *Noi del Sucre*, Dolores o Pepe Díaz.²⁹

²⁶ *Mundo Obrero* (junio de 1982). Especial dedicado a Dimitrov en *Nuestra Bandera* (1982), n.º 113. «Organizadas por la FIM. Jornadas sobre la figura de Dimitrov», *Mundo Obrero* (4-10 de junio de 1982), n.º 179.

²⁷ *Mundo Obrero* (8-14 de mayo de 1980), n.º 74.

²⁸ Carrillo, Santiago, «La ofensiva terrorista, una provocación al golpe de Estado», *Mundo Obrero* (30 de abril- 6 de mayo de 1982), n.º 174, pp. 9-12.

²⁹ *Mundo Obrero* (23-29 de julio de 1982), n.º 186.

1. 6. ALGUNOS VECTORES DE MEMORIA. SU LIMITADA EFICACIA

En definitiva, no puede hablarse de ausencia de políticas de memoria en estos años de fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Hubo incluso un cine militante comunista, aunque su actividad no duró mucho. *Hasta siempre en la libertad* (1977) del Colectivo de Cine de Madrid, hablaba de la matanza de abogados de Atocha, con tesis (lucha y movilización social frente a nostálgicos del franquismo) que también estaban presentes en *7 días de enero*, de Juan Antonio Bardem (1978). *Una fiesta para la democracia (el oro del PCE)* de Andrés Linares (1978) y la mencionada película documental *Dolores* (1981) señalan el final de este ciclo, obviamente enmarcado por la crisis del partido y por la propia evolución comercial de la industria cinematográfica.³⁰

Entre los mecanismos puestos en práctica, entre otras razones, para exhibir públicamente la fuerza del PCE y generar identidad colectiva, podemos destacar el uso de la Fiesta anual del partido, que merecería un estudio pormenorizado, y que fue institucionalizada, a semejanza de la práctica de otros *partidos hermanos*, desde la llegada de la democracia. La Fiesta giraba en gran medida en torno a la historia y los emblemas del partido, con la significativa ausencia, en estos años, de banderas y símbolos republicanos, pero sirviendo de soporte a la evocación de los hitos fundacionales o la epopeya de 1936 (Rueda, 2013: 22).³¹

En los años que nos ocupan, la Fiesta, celebrada en la Casa de Campo madrileña, reunía, con el reclamo de interesantes actuaciones musicales y el complemento de algunos debates, a centenares de miles de asistentes. Ya la primera edición, en 1978, la organización cifraba la asistencia, probablemente con cierta exageración, en medio millón de personas.³² La de 1980 se centró muy especialmente en la conmemoración del 60.º aniversario, incluyendo, entre otras muchas actividades, la proyección de un avance sobre la película *Dolores*, así como una exposición y un debate sobre las seis décadas de historia del PCE, con participación de destacados historiadores y dirigentes del partido (Tuñón de Lara, Elorza, Sandoval o Santiago Álvarez).³³ La de 1982, también muy concurrida pese a la crisis, contó como de costumbre, tal como señalamos más arriba, con el mitin de cierre de Santiago Carrillo, que llamó a «la unidad de todos los comunistas» y rechazó la actitud de quienes pensaban que dividiendo al partido defendían mejor «las esencias del comunismo», que seguía representando plenamente el PCE a la vez que sintetizaba lo mejor de la tradición progresista española: «El PCE representa

³⁰ Por ejemplo, sobre *7 días de enero*, información en *Mundo Obrero* (5-11 de abril de 1979), n.º 17.

³¹ Amplias referencias a actividades de las Fiestas, por ejemplo, en *Mundo Obrero* (19-25 de septiembre de 1980), n.º 93; n.º 144, n.º 185 a 187 de 1982.

³² Informaciones en *Mundo Obrero* (5-11 de octubre de 1978), n.º 42.

³³ «Fiesta PCE 80», *Mundo Obrero* (19-26 de septiembre de 1980), n.º 93. También página sobre la Fiesta en *Mundo Obrero* (26 de septiembre-2 de octubre de 1980) n.º 94.

hoy, “aggiornada” a la época actual, toda la tradición liberal, libertaria y socialista que ha sido históricamente el motor del movimiento progresista». ³⁴

Entre los vectores de la memoria que deberían ser objeto de consideración más detallada están también, desde luego, las conmemoraciones, de las que hemos proporcionado algunas pinceladas, o las tareas de formación, tema que requeriría mayor estudio, pero que las informaciones aparecidas en la prensa del partido consideran generalmente poco desarrolladas, pese a sucesivos intentos de relanzar este tipo de actividades. ³⁵

En suma, la presencia de un *discurso patrimonial* o una política de memoria oficial en estos años de crisis parece indudable, y sin duda un análisis más amplio con documentación interna del partido lo pondría aún más de relieve. Pero una evaluación empoderada de sus efectos, en medio de una quiebra política como la que sufrió el PCE por entonces, cabe hacer dudar de su eficacia. Plantear este fracaso en términos de fidelidad irreductible y casi irracional de la militancia a la *vieja cultura comunista*, incluso después de 1956, de los tramos finales de la lucha antifranquista y de los comienzos de la Transición, como si esta se hubiera mantenido inmóvil o como si la incorporación de nuevas generaciones de militantes no hubiera tenido consecuencia alguna, parece poco verosímil. Se ha señalado acertadamente, por ejemplo, que la militancia del partido en la Transición tenía fuertemente asimilados los valores democráticos, incluso en el sentido liberal del término. Por otro lado, los intentos de homogeneizar un partido tan diverso, como se ha señalado, no parecen haber cosechado demasiados éxitos (Andrade, 2017). Es cierto que, en plena conflagración interna, la dirección *carrillista* jugó de alguna manera a manejar elementos de memoria tradicionales para usarlos contra los *renovadores* y atraer a sectores de la militancia. En todo caso, semejantes tácticas no pudieron contrarrestar el fracaso político del eurocomunismo (Andrade, 2017; Donofrio, 2018), al que pronto se unió la crisis terminal del *socialismo real* en Europa oriental. Desde entonces, se iniciaba una nueva etapa, fuertemente resistencial, que requiere obviamente estudios pormenorizados, pero que, en esta ocasión, sin duda afectó notablemente a la memoria y a la identidad comunista en sus diversas variantes y modalidades.

³⁴ «Santiago Carrillo clausuró la Fiesta. El PCE, única opción realmente de izquierda», *Mundo Obrero* (23-29 de julio de 1982), n.º 186.

³⁵ Ejemplos en «Instituto de Estudios Comunistas. Aprender en el PCE», *Mundo Obrero* (18-24 de mayo de 1978), n.º 221; o entrevista a Santiago Álvarez, responsable de Formación Política, en *Mundo Obrero* (20-26 de febrero de 1981), n.º 114.